

Uno de los fenómenos más llamativos en los últimos años es la ola de sexualización que se manifiesta especialmente en el cine y las revistas gráficas. En las notas que siguen se exponen algunos hechos y se apuntan posibles causas.

El problema, por tratarse de algo humano, ofrece muchos rostros: sociológico, psicológico, económico, moral, incluso jurídico, y merece un estudio profundo que rebase los límites de un artículo.

Reflexiones

sobre

F. Javier Duplá

la

ola

de

“sexo”

LOS HECHOS

“Las sobrinas de la señora del Mayor” (Die Nichten der Frau Oberst) fue el film alemán más exitoso del año 1969. Costó exactamente 1.158.050 marcos, pero tanto el productor como la distribuidora y los cines pueden mirar satisfechos a la caja: 3.480.000 espectadores han dejado hasta el momento en las taquillas 20 millones de marcos, sin contar los 4 millones que embolsó la distribuidora y las 2,5 millones para el productor. El filme es pornográfico.

En la Alemania Federal se editan semanal o mensualmente más de 12 revistas gráficas, que inundan los puestos de venta con más de 8 millones de ejemplares de la más vulgar pornografía. Dentro de la revista —que oficialmente es de información gráfica, puesto que la pornografía está legalmente penada— se acumulan relatos autobiográficos sobre las primeras experiencias sexuales, controversias sobre los “tabús” sociales y morales anuncios excitantes. Las editoriales escandinavas y norteamericanas han olfateado también el negocio y comienzan a editar en alemán. Claro que la introducción de las revistas está prohibida, pero la avalancha es demasiado poderosa. Sólo en Baden-Württemberg fueron confiscadas el año pasado más de 5.000 revistas, lo cual representa sólo un 10% de la pornografía enviada por correo y un 1% de la que se introduce de contrabando por la frontera. En Baviera fueron confiscados 2.000 envíos por correo y unas 4.000 revistas el año pasado. (Fuente: Der Spiegel, 8 dic. 1969.)

Para algunos conocedores de la situación el boom de la pornografía ha llegado a su cenit y comienza ya a declinar. Prueba de ello sería la segunda feria de Sex en Odense (Dinamarca) a fines de marzo pasado: sólo 22.000 visitantes acudieron a la cita, en comparación de los 48.000 que visitaron la primera feria en Copenhague en octubre del año pasado. O, para expresarlo en palabras de un conocido productor alemán de cine-sex: “El gusto del público se ha vuelto más grosero. Pura desnudez ya no atrae.” El mismo se queja de que el negocio se está poniendo difícil: su primer film-sex, la muchacha Rosemarie (Das Mädchen Rosemarie), le produjo ganancias de 5 millones de marcos y once premios internacionales. “Ahora, para hacer un buen negocio, como en ‘Ven, mi querido pajarito’ (Komm nur, mein liebstes Vögelein), tengo que presentar 79 muñecos en cueros y ya no hay premios.”

La pornografía tiene un límite, que ya se ha alcanzado sobradamente: una vez que se enseña todo, ¿qué más puede quedar? Las aberraciones sexuales interesan sólo a un grupo reducido.

CAUSAS

Todo empezó bajo el signo de la ilustración sexual. Al principio, películas con indudable valor humano y contenido pedagógico como “Helga” y “El milagro del amor” (Das Wunder der Liebe) atrajeron público en ingentes cantidades. Pero el género se acabó pronto y hubo que recurrir a escenas sin contenido artístico ni valor humano, burda-

mente pornográficas. Al mismo tiempo, una avalancha de revistas de número en número más atrevidas inunda el mercado. Legalmente están prohibidas, pero, de acuerdo al artículo 1, párrafo 2, de la ley sobre la difusión de escritos peligrosos para la juventud, no incurrir en penalidad los escritos "que prestan un servicio al arte o a la ciencia, a la investigación o a la enseñanza". Naturalmente, las revistas alegan prestar esos servicios. Y mientras los tribunales se enzarzan en discusiones interminables sobre el contenido pedagógico de un artículo o el valor artístico de una pose, las revistas hacen el gran negocio.

Porque ésa es la causa principal de la ola pornográfica que ha inundado Europa y Norteamérica: la pornografía produce millones. Y en una sociedad de consumo como la nuestra, con un olfato tan desarrollado para el negocio, la pornografía se ha mostrado como un producto de bajo costo de producción, alto precio de venta y con el mercado asegurado.

Hay también causas más profundas, de tipo sociológico y moral. La ola de ilustración sexual sustituye a una época de represión —que culminó en la era victoriana— para lo que todo lo relacionado con el sexo es tabú, algo de lo que no se puede hablar, algo rechazable, pecado. Contra ese tratamiento enfermizo del problema se levantó una corriente de sabor naturalista, que exigía llamar las cosas por su nombre. Esta desmitificación del sexo tiene un aspecto netamente positivo, cuya vertiente pedagógica es el actual afán de ilustración sexual. Lástima que la educación sexual que se imparte habitualmente sea tan neutra —pura anatomía, fisiología e higiene. Los jóvenes quedan así privados de la dimensión más humana de la sexualidad: su carácter expresivo del amor entre dos seres en apertura hacia una posible continuidad en el hijo.

Pero aun ese movimiento de educación sexual ha sido desfigurado por una ola de hedonismo que barre con el sentimiento del pudor y desnuda al hombre de toda valoración supracorporal. Y con eso entramos en la causa de tipo moral. Ha habido ciertamente una evolución en la apreciación moral del sexo. De una concepción de raíces platónicas y maniqueas que relega al cuerpo a "enemigo del hombre" y aliada del diablo, se ha pasado a una estimación total de la persona en sus dos dimensiones, corporal y espiritual. Pero esa tendencia sana y legítima ha sido desfigurada hasta quedar invertida: en el mercado actual sólo se cotiza el cuerpo. Otros valores superiores quedan barridos de un golpe como prejuicios burgueses o tabús morales. La fidelidad matrimonial, por ejemplo, aparece como una señal de poca hombría, de poco sex. El matrimonio

entre cuatro se predica incluso "como más puro y más normal que algunos así llamados matrimonios, en los que los cónyuges se engañan mutuamente..." (Das Viereck, por Rena Denker, Gala-Verlag, Hamburg; p. 154). "Lo que nosotros los hombres necesitamos es una cierta variación, y ésta la encontramos en el matrimonio entre cuatro." Consecuencia curiosa: "el matrimonio entre cuatro favorece la fidelidad matrimonial". El principio fundamental es el placer: "Nuestro álibi es el amor", "lo que nos da gusto" (ib. p. 107).

Pero el éxtasis del cuerpo dura poco tiempo. La única prolongación posible es artificial: las drogas. Y de hecho la promiscuidad total y nivelación de toda norma conduce de la mano a la drogomanía.

REFLEXION

La propaganda nos quiere obligar a creer en la amoralidad como en el supremo ideal de la felicidad. Nos mete por los ojos y con insistencia cansona que ser moderno, alegre y realista equivale a ser sexy. A todo el que tímidamente habla de normas se le barre de lado como anticuado, hipócrita y reprimido. Se establece así un falso paralelo entre sinceridad y desvergüenza, cuyo producto es un ser supersexualizado, de vida golosa y efímera como los zániganos.

Pero con esas ruedas de molino comulgan pocos. Erigir el placer como única norma de comportamiento es invitar a la disolución personal y al caos social, es ignorar que el camino de la felicidad humana pasa por la ascesis, por el recorte del egoísmo, por el olvido de sí para amar al otro. Y esto no son meras consideraciones piadosas: el mismo organismo social —que posee muchos recursos de autodefensa— rechaza un patrón de vida tan barato como el que le ofrece la pornografía. El

hombre de cierta elevación y finura de espíritu descubre inmediatamente el engaño. Basta una mediana inteligencia para ello. Ilustradora a este respecto es una investigación del EMNID-Institut de Bielefeld (Alemania) sobre la frecuencia de lectura e interés por libros burdamente sexuales entre 435 muchachos y muchachas alemanes de 16 a 24 años. Entre aquéllos, cuyo cociente intelectual era inferior a 60, la frecuencia promedio de títulos leídos (entre 12 propuestos) era de un 4,3%, y el interés en leerlos, de un 51%; mientras que en el grupo de C.I. igual o superior a 120, los respectivos valores dieron tan sólo 1% y 16%. Los jóvenes con C.I. intermedios dieron también valores intermedios de frecuencia e interés. El dato es significativo, puesto que el interés y la frecuencia de lectura en otros temas se mostró muy superior en el grupo con C.I. superior a 120. (Fuente: "Jugendgefährdung durch Schriften, Fakten una Faktorenanalyse", por Friedrich Weyer, Robor-Verlag, Hückeswagen, 1968; 2ª parte, p. 19-50.)

La transmisión de valores por medio de la educación nos parece el único remedio eficaz para colocar a la sexualidad en el puesto que debe ocupar en la escala humana de valores. La pornografía es el ataque más sutil y peligroso contra la sexualidad humana, puesto que, con la apariencia de hablar en nombre de ella para defenderla, la degrada. De ahí que cultivar valores como la generosidad, la entrega desinteresada, la fidelidad, el sentido social, la aceptación del otro en su totalidad —valores en descrédito en el mundo supersexualizado— es una tarea fundamental de la educación, más importante que la comunicación de contenidos y la capacitación para la producción. En este sentido es encomiable el trabajo de la televisión y radio alemanas con sus programas directamente formativos y la altura general de sus emisiones.

La moral tradicional católica no ha visto en la pornografía sino un desarrollo antihumano, y por eso la ha condenado sin reservas. Hemos de decir que estamos de acuerdo en que la ola de sex actual —aunque se enmascare detrás de la ciencia y el arte— lleva a una degradación de lo humano. Pero no podemos ignorar el núcleo de verdad —la afirmación del hombre en su dimensión corporal— que se encierra en esta rebelión explosiva contra los así llamados tabús sociales y morales. Por otro lado, la moral cristiana no es un código estático de normas, sino el juicio que cada época se hace del actuar humano de acuerdo con los conocimientos propios de esa época y a la luz del Evangelio. El proceso de revisión constante a que nos somete esta moral in fieri nos obliga a ser prudentes en la etiquetación de los comportamientos humanos. Hoy día más que nunca estamos obligados a una moral prospectiva que tome en cuenta los comportamientos futuros a la luz de los adelantos científicos que se están viendo venir. Este es tal vez el único camino de lograr una visión realista del presente que nos ayude a proceder según el plan de Dios.